



especulación, por parecerle demasiado árdua ó demasiado peligrosa. Todos los profundos pensadores, así de la Iglesia como de fuera de ella, desde Bossuet y Leibnitz hasta Hegel, la han altamente apreciado. Nadie seguramente piensa en resucitar el ergotismo; pero aquella ciencia, aquella energía del pensamiento que distinguía á la escolástica, su respeto, su amor caballeresco, su ardor por la verdad, ¿quién en nuestros tiempos no quisiera verlos reaparecer? ¿Quién no desearía ver tomar á la teología en la propia fuente ese fecundo vigor de que por desgracia está privada, desarrollar lo que la escolástica había comenzado con tanta energía, seguido tan vivamente y adelantado tanto, y demostrar al fin, especulativamente y por la ciencia, las verdades que los hechos y la historia nos han colocado fuera de duda?

Lo que hemos dicho de la escolástica se aplica igualmente á la mística de la Edad Media. Esta tomaba sus inspiraciones del Evangelio de San Juan, de los escritos de Didimo y de Macario el Antiguo, y sobre todo de los de San Dionisio el Areopagita, por el cual se unía á la escuela neoplatónica. Los místicos, como los neoplatónicos, prescribían la mortificación de los sentidos para alcanzar una union práctica, santa y viviente con Dios. Conviene, sin embargo, no olvidar aquí una diferencia esencial y muy á menudo desconocida: la mística cristiana, partiendo del hecho de la caída primitiva, tiende á restablecer la union y semejanza del alma con el espíritu divino, mientras que el neoplatonismo, desconociendo la caída original, pretende llegar á la absorcion total del alma en Dios, que es lo que constituye el panteísmo. Por lo mismo, la primera se abstiene de hacer abstracion de la materia y del cuerpo, como los platónicos; á su vista el cuerpo es una cubierta necesaria, manchada, en verdad, con el pecado original, y que pone estorbos, no á la deificación del alma, que es imposible, sino á su actual semejanza con Dios.

La escolástica y la mística son, pues, la una para la otra, lo que la ciencia es para la vida. Mientras que la primera tan sólo se ocupa en los principios teóricos, la segunda tiende á realizar inmediatamente los datos de la fe; la

una se ocupa principalmente en investigaciones científicas, mientras la otra enseña de una manera positiva y por medio de una predicacion viviente. De aquí proviene el que todos los místicos, desde San Bernardo hasta Tomás de Kempis, fueron ú oradores distinguidos, ó escritores edificantes. Gerson, no ménos versado en la escolástica que en la mística, que sabia apreciar su valor respectivo y sus derechos, limitaba su esfera y relaciones con estos términos: «En la escolástica domina el poder de la inteligencia para percibir la verdad (*potentia intellectus circa verum*); en la mística domina el poder de las afecciones para gustar el bien (*potentia affectuum circa bonum*).» El autor de la *Imitacion* nos revela el mismo pensamiento cuando dice: *Opto magis sentire compunctionem, quam scire ejus definitionem*, libro I, c. I.

Este contraste, resultado ordinario del desarrollo activo del espíritu humano, era sobremañera necesario en los tiempos de que se trata. La mística produjo las cruzadas, la arquitectura gótica y otras consecuencias del mismo género, y tomó cuerpo, por decirlo así, en los templos góticos antiguos. En efecto, ¿no son acaso ellos la expresion de un sentimiento profundo, que, lleno de amor y de ardor, se eleva hácia el Omnipotente en alas del entusiasmo? El espíritu suspira en las ojivas de las catedrales como en las páginas de Tomás de Kempis. Pero sin la escolástica, la mística hubiese degenerado luego, porque á menudo veía las cosas por un solo lado, y apreciando únicamente la práctica, desconocía el valor real de la ciencia y caía más fácil y frecuentemente en el error que la escolástica. Pero esta, á su vez, necesitaba la mística y su reaccion para no separarse desde luego de la vida positiva. Tambien ella se encuentra como materializada en las catedrales antiguas, porque esas bóvedas y columnas que se arrojan en el espacio para perderse en delicadas ramificaciones, en figuras casi imperceptibles, y sin embargo, ejecutadas con un primor delicado, parece son la imagen de las cuestiones, de las tesis, de las respuestas, de las distinciones y de los numerosos y sutiles casos de la escolástica. Por esto,



el verdadero teólogo reúne en sí las dos tendencias: la profundidad íntima del sentimiento con la claridad de la concepcion y la perspicacia del pensamiento. Y en efecto, así es como sucedió en los principales personajes de la Edad Media, como un Hugo de San Victor, San Buenaventura y mil otros.

Entre los primeros hombres que manifestaron claramente esta doble tendencia en sus obras, conviene contar á Escoto Erígena, en el cual la forma es viva ni más ni ménos que la ciencia. En cierta manera se le ve filosofar en el diálogo de su principal obra, en donde se descubre la secreta ocupacion de un genio, cuyas especulaciones más atrevidas corresponden á los más profundos sentimientos. Por esta razon empieza por Erígena el primer período de la escolástica, y se extiende hasta Pedro Lombardo y la escuela de San Victor. Llega á su apogeo bajo la direccion de los franciscanos y dominicos en el segundo período, que se extiende desde Alejandro de Hales á Duns-Escoto, y empieza á decaer y cae en el tercer período, que termina en el Renacimiento.

Digno es de especialísima mencion aquel genio del siglo XIII, que es á la par que gloria á Italia, gloria de Europa, gloria de la ciencia católica, y de la órden esclarecida á que perteneció, Santo Tomás de Aquino.

Tomás, hijo de los condes de Aquino en la Calabria, fué educado en el Monte Casino; manifestó deseos de hacerse religioso, y los benedictinos procuraron atraer á su congregacion un hombre de un talento tan eminente; pero la carrera más vasta en que marchaban los dominicos lisonjeaba mucho las esperanzas del joven. Entró, en efecto, en esta órden á disgusto de sus padres y hermanos, y pasó á Colonia cerca de Alberto el Grande. Poco despues fué Tomás catedrático en esta ciudad (1249); más tarde, en el año 1257, lo fué en Paris, en Roma y en otras ciudades de Italia. Rehusó el arzobispado de Nápoles. Debe ser colocado entre los más grandes teólogos de la Edad Media, y aun en primera fila, si se tiene en consideracion la vasta extension de su saber y el genio profundamente filosófico que le caracteriza (*doctor angelicus*). Doctor á la vez espe-

culativo y eminente dialéctico, pertenece Santo Tomás igualmente á los místicos y á los escolásticos. Desgraciadamente, su principal obra teológica (*Summa totius theologie tripartita*) no está concluida. El pensar en su muerte, cuya época precisa él mismo predijo tres meses antes, en el momento de partir al concilio de Lyon, hizo que renunciase á toda especie de estudio, para ocuparse únicamente en la eternidad. Murió el 7 de Marzo de 1274.

Se han añadido algunos extractos de sus lecciones á la tercera parte de su *Summa*; lo restante tiene que completarse con su *Comentario sobre Lombardo*. Al exponer Santo Tomás su sistema en esta obra, que seguramente es la más importante de cuantas han producido los escolásticos, se adhiere francamente á San Agustin, de quien, segun el juicio del cardenal Norris, tan competente en estas materias, es el mejor comentador. Mas al propio tiempo se nota en el doctor angélico la influencia de Hugo de San Victor, al que de otra parte miraba como á su maestro. Injustamente se ha sostenido que la gran *Summa* no fué destinada por el santo á ver la luz pública, y que meramente era un extracto de sus lecciones puesto en órden. Esta asercion tan sólo es cierta en lo concerniente á la tercera parte. La segunda encierra dos subdivisiones: en la primera (*prima secunda*), intitulada *De virtutibus et vitiis in genere*, desarrolla los principios de la moral universal; la segunda (*secunda secunda*) encierra los de la moral especial, hasta entonces reunida á la dogmática por otros escolásticos, excepto Abelardo, cuya moral sin embargo es más bien filosófica que cristiana y teológica. La *Summa* procede del principio al fin por cuestiones; á una primera solucion poco profunda sigue otra más completa. La introduccion prueba que la teología es una verdadera ciencia, por más que descansa sobre la historia, porque los hechos históricos están basados en ideas. La teología ocupa el primer lugar entre las ciencias, porque el mismo Dios la dió, está apoyada en la revelacion, y se distingue, por lo tanto, de una teología secundaria ó natural que no forma más que una parte de la filosofia. Segun Santo Tomás, cuando se disputa con incrédulos y here-





jes, tiene que seguirse un doble método; á los primeros manifiésteseles la vanidad de sus opiniones; á los segundos hágaseles palpar lo que tienen de comun con nosotros, y pruébeseles la verdad de los dogmas que desechan, acudiendo á la íntima union con los que admiten. Sus obras apoloéticas contra los mahometanos y judíos son el fruto del celo que le inspiró San Raimundo de Peñafort para ayudar á los predicadores de España. Sus *Comentarios* sobre la Sagrada Escritura manifiestan un profundo conocimiento de los padres y una perfecta inteligencia de las ideas fundamentales de la Sagrada Escritura y del dogma. De otra parte, sus virtudes igualaban á su ciencia; por lo tanto, fué canonizado por Juan XXII en 1323, y colocado entre los doctores por Pio V en 1567.

La gloria de este ilustre dominicano excitó por mucho tiempo la envidia de los franciscanos. Finalmente, pudieron ellos á su vez gloriarse de Juan Duns-Escoto, natural de Northumberland, que, segun Tritemio, estudió bajo la direccion de Alejandro de Hales, aunque es poco verosímil. Así en Paris como en Colonia, adquirió Escoto la reputacion de un doctor muy sutil (*doctor subtilis*), y murió en 1308. No sin razon, dice un historiador alemán, opusieron los franciscanos su autoridad á la de Santo Tomás de Aquino, porque si le es inferior bajo el punto de vista del genio especulativo, le iguala en la energía de su dialéctica, y algunas veces le es superior en la sutileza de su espíritu. Pero esta misma sutileza, junto con la oscuridad de su lenguaje, hace muy difícil la lectura de sus obras. Por Duns-Escoto principió la lucha de los tomistas y de los escotistas, que llegó á ser tan viva, que no era posible pertenecer á ninguna de ambas órdenes sin abrazar de hecho el tomismo ó el escotismo. En filosofía, la disputa versaba sobre los *universales*, cuestion por la cual Escoto se aproximaba á Platon. En teología, Santo Tomás y los dominicos sostenian los principios rigurosos de San Agustin sobre la gracia y los dogmas á ella referentes, mientras que Escoto y los franciscanos adoptaban opiniones ménos severas. Finalmente, los dominicos no proclamaban la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima, que

sus adversarios defendian con ardor. Esta rivalidad produjo algunas ventajas, promoviendo serias y profundas discusiones sobre algunos puntos de doctrina, y deteniendo las opiniones demasiado exclusivas, aunque muy á menudo la discusion degeneraba en acrimonia. Rogerio Bacon, franciscano que enseñaba en Oxford, adquirió el glorioso renombre de doctor admirable (*doctor mirabilis*). Versado en todos los ramos de los conocimientos humanos, y principalmente en las ciencias naturales, se distinguió por la maravillosa facilidad en concebir. Murió en 1294. Echó en cara á la teología de su tiempo que tenia miras demasiado exclusivas, y para remediarlo, aconsejó entre otras cosas el estudio de la filología.

Volviendo los ojos al concierto y marcha general de la vida humana en esta época, movidos por la influencia de las ideas expuestas y alentadas por una gran conquista, por la imprenta, cuya ignorancia en el mundo antiguo no se explica naturalmente, dadas las magníficas inscripciones de medallas y monumentos de Grecia y Roma, nos encontramos en Francia con la union del condado de Tolosa á la corona de aquella nacion en los dias de Felipe III, el hijo mayor del magnánimo San Luis; los tratados de Tarascon y Anagni, que terminan las luchas de Felipe IV en Aragon y Sicilia; la guerra de este monarca con Eduardo I de Inglaterra; sus contiendas con Bonifacio VIII; la abolicion y suplicio de los Templarios, y el fin de la dinastía de los Capetos en tiempos de Carlos IV.

Inaugurada la dinastía de los Valois en Francia con Felipe VI, da principio la guerra de cien años con Inglaterra, preparada por el divorcio de Leonor de Guyena, las conquistas de Felipe Augusto en el Continente y las aspiraciones de Eduardo III de Inglaterra á la corona de Francia, lucha en verdad funesta y serie de continuados triunfos y reveses para entrambas naciones en los cuatro periodos que abraza.

En Inglaterra, Eduardo I somete el país de Gales y la Escocia, desplegando una atroz crueldad con los vencidos; crueldad que aliena sin duda al jóven Vallac, cuyo héroe da á



su país la independencía y libra la Escocia de la esclavitud de Inglaterra, logrando el valiente montañés sacudir el yugo del opresor Eduardo II, rey débil, cobarde y licencioso, entregado á indignos favoritos, odiado por la nobleza inglesa, consiguiendo el clero, el pueblo y la nobleza limitar en esta época el poder del trono. Comienzan las luchas desastrosas que ya hemos indicado entre Francia é Inglaterra en los dias de Eduardo III, y despues de una serie de triunfos y derrotas para cada una de estas coronas, tiene fin la guerra de los cien años con la expulsion de los ingleses del territorio francés, sin conservar más que la plaza de Calais. Unida va á la terminacion de esta guerra la memoria de aquella heroína, sacrificada al bárbaro despotismo inglés, y cuyo nombre, célebre ya en la Historia, tal vez le venerará el mundo venidero en los altares, Juana de Arc. Privada de todo recurso la plaza de Orleans y agotada la heroica resistencia de sus defensores, hallábase amenazada la independencía francesa, cuando una jóven y graciosa aldeana de la Lorena preséntase en el campamento de Carlos VII, é inspirada del cielo, reanima el abatido espíritu del monarca y sus tropas, los da ejemplos de fe y de intrepidez, peleando ella misma con heroico valor al frente de los ejércitos, ayudando á los ingleses de Reims y salvando á su patria á costa de su vida, pues prisionera en Compiègne, fué condenada á la hoguera en Rouen.

En Inglaterra, el movimiento popular iniciado bajo Eduardo III, toma gigantescas proporciones, é indispuerto Ricardo II con su pueblo por las violencias de su gobierno, apodérase del trono Ricardo IV de Lancaster, é inaugura la dinastía de este nombre en perjuicio de la de York. Combate á la Escocia, reprime disturbios, se desarrollan más las franquicias de los Comunes, propagándose por entonces las doctrinas religiosas de Wiclef, predicadas por la secta herética de los lollardos y precursora de los ilusitas y luteranos. Enrique V interviene en la rivalidad de la Borgoña y Armañacs, y su hijo Enrique VI, bajo la tutela de sus tios, de Bedford y de Gloucester, reina en Francia, hasta que la victoria de Formigni y Casti-

llon dan el triunfo á la Francia, que en los dias de Carlos VII consigue poner fin á la guerra de los cien años. En Alemania, durante el largo interregno del siglo XIII, los duques de Sajonia y de Brandeburgo, el conde Palatino de Sajonia, el rey de Bohemia, los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, se arrojan exclusivamente el derecho de elegir soberano, constituyendo el célebre colegio de siete electores, mientras que el espíritu de las ciudades forma la liga Anseática para proteger el comercio contra las agresiones del feudalismo. Inaugúrase en Rodolfo de Augsburg la casa de Austria, á quien siguió el débil y oscuro Adolfo de Nassau, muerto en la batalla de Gelheim, dada contra su rival y sucesor Alberto, cuya desmesurada ambicion le empeñó en guerras estériles y desastrosas; no siendo más afortunado en la que sostuvo contra Suiza, donde Guillermo Tell condujo á los sencillos y valientes pobladores de aquellas montañas á una lucha gloriosa. A la muerte de Alberto empuñó el cetro Enrique VII de Luxemburgo, á cuya muerte se suscitan discordias entre Federico y Luis de Baviera, célebre por sus guerras en Italia. Durante este periodo tienen lugar las grandes luchas entre el papado y el imperio, el cisma del imperio en tiempo de Segismundo, la guerra de los Husitas, el fin de la casa de Luxemburgo y la restauracion de la casa de Austria. En Italia, al comienzo de esta época, la crueldad é injusticia desplegada por Carlos de Anjou durante su reinado en Sicilia, concitaron el odio del país, y ocasionaron la caida de la casa Angevina en aquella isla.

El jóven Conradino habia arrojado desde el patíbulo su guante á la muchedumbre en apelacion de la justicia y venganza populares; el médico de Manfred, Prócida, prepara este alzamiento, y el lunes de Pascua, á la hora de visperas, estalla en Palermo la famosa insurreccion de las *Visperas Sicilianas*, represalia sangrienta contra la dominacion de los franceses, poniendo fin á estas luchas el tratado de Anagni, que dió Nápoles á Francia, y las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña al rey de Aragon; pero sin que por esto renunciaran los sucesores de Carlos al derecho que creian tener á





la Sicilia, en la que entró á reinar Federico II, hermano de Jaime. La traslación de la Santa Sede á Avignon preparó un tristísimo acontecimiento, que habia de afligir á la cristiandad; este suceso es de notoria y reconocida importancia, para que dejemos de consignar algo, especialmente sobre él, antes de terminar esta época.

Continúa en el Bajo Imperio la dinastía de los Paleólogos: restaurado el imperio griego por Miguel Paleólogo, ayudado de los genoveses, verificase la reconciliación de las iglesias griega y latina, cuya unión es rota por Andrónico el viejo, prosiguiendo este imperio por más de dos siglos presa de las discordias religiosas. La gloriosa expedición de aragoneses y catalanes llamados por Andrónico el viejo al verse acosado por los turcos, en premio de cuyo servicio sólo encontraron los españoles la traición más villana en su jefe el heróico y valiente Roger de Flor, vino á agravar la situación del imperio, ya decadente. Las contiendas religiosas y la guerra civil continuaron afligiendo el imperio durante los tiempos de Andrónico III, Juan V; Manuel II Paleólogo vió amenazada su capital por los turcos, y su sobrino Juan II, que le sucedió en el trono, reunió momentáneamente las iglesias griega y latina según acuerdo del concilio de Florencia, sin conseguir por esto el auxilio que solicitaba de la Europa, contra los combates cada vez más formidables de los turcos. En vano Constantino XII defendió bizarramente á Constantinopla, asediada por los turcos, quienes después de cuarenta y nueve días de resistencia se apoderaron de ella, muriendo en la brecha el emperador Constantino, último de los Paleólogos, realizándose con esta conquista la destrucción del imperio griego bizantino.

Después de Bonifacio VIII subió al trono el cardenal Nicolás Boccasini con el nombre de Benedicto XI, que habia ocupado con distinción el cargo de general de los dominicos. Su carácter, naturalmente moderado, hizo que se levantasen prontamente las censuras en que habian incurrido los cardenales Colonna y Felipe de Francia; pero Nogaret y Sciarra Colonna fueron excomulgados de nuevo. Benedicto murió sin poder hacer más por la Iglesia.

Felipe el Temerario, como le llama Juan de Müller, se aprovechó de la paz para someter enteramente á la Francia la silla apostólica, y la división que estalló en el cónclave favoreció sus proyectos. Entre los cardenales, unos querían un pontífice favorable á la memoria de Bonifacio, y otros un papa que mirase por los intereses del monarca francés. De ahí fué que la elección se prolongó más de lo que convenia, y el astuto Felipe hizo que recayese en Bertran de Got, arzobispo de Burdeos. El nuevo papa tomó el nombre de Clemente V, y no quiso abandonar la Francia, á pesar de las grandes instancias de los cardenales. Hasta indicó á Lyon para celebrar su coronación, lo que fué el primer paso hácia el cautiverio de setenta años. Después de muchos actos de venganza personal, de nepotismo y de bajezas por complacer á la corte de Francia, tales como la revocación de las bulas *Clericis laicos* y *Unam sanctam*, abandonó Clemente para siempre la capital de Occidente, la silla de Pedro y la sepultura de los Apóstoles, para ir á sepultarse en Avignon, oscuro rincón de la Francia, en 1309. No supo conocer que la misma Providencia habia concedido al vicario de Jesucristo en la antigua Roma un dominio temporal, bastante para asegurar su independencia, pero sobrado pequeño para hacer recelar á las otras potencias. Una enfermedad grave le hizo entrar por algún tiempo en mejores sentimientos, y entonces fué cuando por una parte revocó las escandalosas donaciones de obispados y monasterios hechas bajo el nombre de encomiendas, y por otra resistió con vigor á las peticiones de Felipe, que queria hacer borrar á Bonifacio del número de los papas y deshonorar su cadáver. Mas pronto volvió Clemente á seguir en todo los impulsos del rey, y hasta llegó á acoger, en presencia del consistorio reunido en Avignon, las acusaciones que el príncipe se proponia llevar contra Bonifacio ante el concilio general de Viena en 1310. El nombramiento de nueve cardenales franceses demostró á todas luces que el pontífice queria que sus sucesores marcharan sobre sus pasos. Mientras que era tan parcial respecto á la Francia, era por el contrario activo y lleno de ambición para con los



otros soberanos y funcionarios eclesiásticos. Así fué que, habiendo tomado los venecianos á Ferrara, puso su territorio en entredicho en 1309, prohibió todo comercio con ellos y permitió contra los mismos toda suerte de violencias. También en Alemania, después de la muerte de Alberto, supo impedir la elevación de Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, y por el contrario, apoyó la candidatura del conde de Lutzelburgo, que efectivamente fué elegido (Enrique VII). Cuando los enviados de Enrique se presentaron delante del papa en Avignon en nombre de su soberano para prometer apoyo y fidelidad á la Iglesia, Clemente delegó á cinco cardenales para coronar al emperador en Roma. Enrique procuró levantar de nuevo su poder en Italia, desquiciada por las disensiones de los güelfos y de los gibelinos desde la partida del papa. El Dante, ya irritado en gran manera por el alejamiento de Alberto, acogió con el ardor natural á su temperamento al nuevo monarca, como dueño absoluto del mundo romano y el único salvador de la libertad, oprimida por una multitud de tiranuelos. Los gibelinos se juntaron con el emperador, y los güelfos con Roberto de Anjou, que en 1309 habia confirmado el papa en el reino de Nápoles. Clemente quiso terminar esta lucha exhortando á los dos príncipes á que le obedeciesen. El emperador le respondió con altivez que él era el protector de la Iglesia, pero que ningún feudo de ella tenia, y que por consiguiente no dependia, como el rey de Nápoles, en lo temporal, de la silla apostólica. Desde entonces Enrique traspasó todos los límites de su poder, dictando contra Roberto el destierro y la muerte. Murió poco tiempo después, en 24 de Agosto de 1313.

Se reunió en Viena durante el pontificado el décimoquinto concilio ecuménico de Clemente V (16 de Octubre de 1311 á 6 de Mayo de 1312). El pontífice no quiso deshonorar la memoria de Bonifacio, suponiéndola manchada de herejía, pero tuvo que abandonar los Templarios á Felipe. Eran acusados de herejes, inmorales y de oponerse á los obispos y á príncipes. Un número bastante considerable de sus adversarios han sostenido la justicia de estas

acusaciones, que han sido algún tanto demostradas en los tiempos modernos con respecto á los de dicha orden en Francia, no en otros puntos. El concilio condenó igualmente á los Fratricelli, á los partidarios de Dulcino, á los Beguardos y á las Beguinas; también decretó socorros para las misiones de Oriente, é hizo cánones para la reforma de las costumbres y de la disciplina eclesiástica.

Así Clemente como Felipe, murieron poco después de cerrado el concilio en 1314, y el último fué reemplazado por Luis X.

Después de una elección muy borrascosa, dice el sábio Alzog, en que los cardenales franceses é italianos lucharon con encarnizamiento, la elección recayó en Jaime de Ossa, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de Juan XXII. Antes de su elevación dió palabra de volver á Roma; pero olvidó su promesa, y continuó residiendo en Avignon, y para manifestar que se gobernaría por las máximas de su antecesor, nombró siete cardenales franceses. Este pontífice, aunque dependiente de Francia, procuró hacer prevalecer su mediación entre Federico, duque de Austria, y Luis de Babiera, que después de la muerte de Enrique VII, acaecida en 1317, se disputaban el imperio. Apoyándose en el ejemplo de lo pasado, sostuvo que el gobierno de los Estados italianos, emanando del imperio, pertenecía realmente al papa, el cual sólo tenía derecho de elegir para él un vicario. A imitación de Clemente V, se decidió por Roberto de Nápoles, mientras que Enrique habia escogido gibelinos que se prevalecían de esto para oprimir á los güelfos. El papa amenazó excomulgarlos si no reconocían á Roberto, que confirmó en su gobierno de Italia hasta la coronación de un emperador. Después de la batalla de Muhlendorf en 1322, habiendo caído Federico de Austria en poder de Luis de Baviera, este tomó el título de rey de los romanos sin aguardar la confirmación del papa, y se dió prisa en enviar socorros á los gibelinos lombardos que sucumbían á los esfuerzos de sus adversarios. Pero Juan XXII intimó al nuevo soberano que compareciese ante él en el espacio de tres meses, en 8 de Octubre de 1323. Luis, aparentando ceder, pi-